

SI ME DIERAN DIEZ MINUTOS

por Miguel C. Muñoz Feliu

I

Virtudes estaba enamorada. Lo había conocido hacía apenas tres meses, pero ya hablaban de matrimonio. Guapo, fuerte, alto, más joven que ella y venezolano, había conocido a su futuro marido en un banco. Ella esperaba a su asesora financiera; él había acudido a cambiar dólares por euros. Su tez morena, su porte y su sonrisa la cautivaron. Unas pocas palabras y ya estaban quedando para verse otro día. Fue amor a primera vista.

Al principio, ella dudaba. Una mujer cincuentona, poco agraciada físicamente, era pretendida por un hispanoamericano, veinte años más joven. Pero no, no había trampa. Luis Carlos era rico y conducía un Ferrari rojo. El gobierno bolivariano retenía gran parte de su fortuna y su novio, su futuro marido, lo pasaba a veces mal. Pero para algo estaba ella allí. Gracias a ella, él se había comprado un nuevo *smartphone* y había conseguido algunos créditos para ir tirando. Gracias a ella, podrían vivir bien hasta que Luis Carlos pudiera vender alguna propiedad o traer a España el capital que tenía en su Venezuela natal.

Durante esas semanas habían ido a cenar a restaurantes maravillosos y habían hecho algunos pequeños viajes con su Ferrari. Cuando visitaron Vilafamés, Virtudes le había hecho una fotografía que guardaba como un tesoro en su cartera. Durante esas semanas, las noches eran dulces y los días luminosos.

Él estaba contento y decía que la amaba. Pronto se casarían. Pronto, en cuanto la situación política lo permitiera, conocería a sus padres que vivían todavía en Maracaibo. Virtudes vivía en un sueño, un sueño maravilloso del que no quería despertar.

II

Lo supo por casualidad. Por accidente. Por descuido. Virtudes había ido a una nueva peluquería. Quería sorprender a Luis Carlos con mechas de color, que la hicieran parecer más joven, más guapa, más atractiva.

Había más gente de la esperada en la peluquería. Entabló conversación con otra cliente, Asunción, una mujer pelirroja, de una edad parecida a la suya. Al poco tiempo, hablaban de ellas y de sus parejas. Asunción era feliz. Había enviudado hacía ya algunos años, y lo había pasado muy mal. Pero, hacía unos meses había conocido a Nicolás, un hombre

joven adinerado de Caracas. La ilusión había vuelto a su vida. Seguramente, Nicolás y ella se casarían pronto, aunque todavía no tenían fecha de boda. Virtudes se preguntaba si Nicolás conocería a Luis Carlos. Quién sabe...

Virtudes estaba tan orgullosa de su galán sudamericano que no resistió la tentación de enseñar a su nueva amiga la foto que guardaba en la cartera. La sacó, ufana, como quien muestra un tesoro. Asunción la miró. Su rostro se ensombreció de pronto y balbuceó: "¿Nicolás?...".

Se hizo el silencio. El cielo se oscureció y empezó a llover. La lluvia golpeaba con fuerza la cristalera exterior de la peluquería. Minutos después, Virtudes lloraba. Asunción también.

III

El comisario las atendió personalmente. Hace tiempo que lo buscaban. Su nombre no era Luis Carlos ni Nicolás. Se llamaba Vicente y tampoco era venezolano, aunque su tez morena pudiera sugerirlo, sino valenciano, nacido en el Cabañal.

La lista de engañadas por Vicente era larga, muy larga. Mujeres solteras, separadas o viudas, mayores que él, con una buena posición económica a las que sacaba todo lo que podía en sus fugaces noviazgos. Siempre con el consentimiento de ellas. Sin que pudiera hablarse de robo; ni siquiera de hurto.

Después, desaparecía con los regalos y con las pequeñas cantidades estafadas a unas y a otras. Ellas se quedaban amargadas, sin saber muy bien qué había pasado para que el hombre de su vida desapareciera tan rápidamente como había llegado. Desesperadas, intentaban contactar con él; pero, nadie cogía el teléfono y pronto el número dejaba de dar señal. Se daban cuenta entonces de que no sabían dónde vivía. Y que tampoco conocían a ningún amigo o familiar de él que pudiera ayudarlas a encontrarlo. Se quedaban solas y con algo menos en su cuenta corriente. Pero la mayoría callaban; tenían vergüenza de contarlo. Algunas incluso se culpaban a sí mismas. ¿Qué habrían hecho mal para haber acabado así?

Virtudes, no. La humillación en la peluquería, los sueños rotos, ... Había sido demasiado. Su contertulia y víctima como ella, Asunción, tampoco quería permanecer callada. Una y otra se dieron fuerzas mutuamente para ir a la comisaría esa misma tarde. Fueron juntas para denunciar, para contar. Mientras, el comisario tomaba notas. Por fin, la policía había conseguido testimonios en su contra.

IV

Había pocas mujeres policías en esa localidad. De hecho, Helena era la única. Había entrado en el Cuerpo Nacional de Policía muy joven y ahora, con más de 50 años, recién divorciada y con dos hijos, estaba muy orgullosa de su profesión. Comenzó como agente,

pero, paso a paso, en un ambiente hostil donde se la pretendía relegar a tareas administrativas dentro de la comisaría, Helena fue demostrando su valía. Caso tras caso, fue ganándose la confianza de sus superiores. Ahora, tras más de veinte años de servicio, era inspectora. Una de las mejores inspectoras de policía de España, condecorada hacía apenas un año por el propio ministro del Interior.

En la separación, ella se había quedado con un Porsche Cayenne. Su exmarido no lo quería; ella tampoco. Lo vendería y con lo ganado se pagaría un viaje a lo grande para ella y sus dos hijos. Quizás podrían visitar California. O conocer Japón. Sería una manera de que olvidaran los malos momentos del último año, los cuernos de su ex y todo el lío del divorcio. Sí, merecían unas buenas vacaciones, en familia, con lo que quedaba de ella.

Había puesto un anuncio por Internet y en menos de 48 horas hubo un posible comprador, Fernando Luis, un venezolano adinerado amante de los coches de gama alta. El comprador tenía prisa por realizar la compra, pues salía de viaje en apenas unos días.

Quedaron esa misma tarde en un bar céntrico. Fernando Luis era guapo. Era joven. Y parecía rico. Tanto que se lo compró al contado, abonándole los 22.500 euros acordados como precio del Porsche. Allí mismo, él hizo una transferencia desde su portátil. El dinero estaba en el extranjero; por eso la transferencia no se materializaría hasta la mañana siguiente en la cuenta de Helena. Fernando Luis le dio un recibo, junto con la copia de la transferencia, y ella le entregó los papeles del coche y las llaves. Él correría con el papeleo, con todos los gastos del cambio de titularidad y con el pago de los impuestos. Ella no debía preocuparse por nada.

Helena estaba contenta. Un buen acuerdo, sin intermediarios ni comisionistas. Él se llevó el Porsche esa misma tarde tras dejarla en su casa. En el camino, hablaron de coches, de viajes. Era simpático, además de guapo. Lástima que no le hubiera pedido el número de teléfono. Fernando Luis parecía tan encantador...

V

El juicio iba a comenzar. Vicente no parecía ya tan joven, ni tan fuerte, ni tan guapo, ni tan alto. Su tez era pálida y parte del bronceado de su piel se había esfumado. En la sala estaban Helena, Virtudes y Asunción. También María, Paquita, Luisa y Rosa.

Las acusaciones eran muchas. Estafas, usurpación de identidad, ... Nada grave. Casi todas, consentidas o realizadas por sus novias de buen grado. ¿Acaso les había obligado él a regalarle objetos valiosos o a ayudarle con sus créditos? Eran actos de generosidad de ellas hacia él. Actos de puro amor.

Ellas nos podían quejarse. Mientras duraba su romance, eran felices como nunca lo habían sido. Ella mismas lo decían: "Nunca he sido tan feliz que contigo". Nunca hubo

una mala palabra, ni un mal gesto, ni un mal trato. Nunca forzó nada. Él las mimaba. Y ellas le correspondían con su amor y con su generosidad

Bien es cierto, que no se había casado con ninguna. Pero bueno, ya se sabe que el amor es así: volátil, esquivo, impredecible... ¿Qué culpa tenía él de ser tan enamorado? ¿Qué culpa tenía él de haber sido tan querido y deseado?

Eso sí. Su pasión por los coches caros le había jugado una mala pasada. Quién iba a imaginar que la tal Helena, la propietaria del Porsche Cayenne, fuera una inspectora de policía, capaz de localizar en apenas unas horas su rastro... Él que siempre había conseguido desaparecer. Seguramente, se había vuelto confiado. Confiado, impaciente y demasiado ambicioso. El Porsche había sido demasiado fácil. Si hubiera ido más lentamente con Helena, quien sabe, quizás hubiera conseguido que se lo regalara al cabo de unos meses. Pero, esta vez no siguió el patrón habitual. En 48 horas había sido detenido por estafa, una estafa clara, sin la coartada de los regalos voluntarios.

En muy pocos días relacionaron a Fernando Luis con Luis Carlos, con Nicolás, y con tantas otras identidades usadas aquí y allá. La policía había conseguido algunos testimonios. Primero, habían sido Virtudes y Asunción. Después, otras muchas comenzaron a hablar. También habían localizado los coches y muchos de los regalos.

No, no pintaba nada bien. Menos mal que no tenía antecedentes, ni estaba fichado. Con eso y con el testimonio de un psicólogo, que lo describiera como un Don Juan sin malicia, quizás pudiera salir absuelto.

Se levantaron todos en la sala. Entraba la juez que presidiría la sesión. Era una mujer mayor, cercana a los sesenta años. No era atractiva. No era guapa. No llevaba ninguna alianza en su anular. Vicente sonrió. Si solo pudiera estar diez minutos a solas con ella...